

El descanso

Héctor Fernando Vizcarra

Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco



ESE NIÑO LLORA MUY FEO, DIJO SILVIA. El niño lloraba sentado en el piso del descanso de las escaleras.

Silvia lo observaba por la mirilla de su puerta. Volvió a decirle a su esposo: Ese niño llora muy feo, pobrecito, todavía no se ha de acostumbrar a estar aquí.

La señora que vivía con el niño no saludaba a nadie. Barría su entrada dos o tres veces a la semana. Aparte de eso nunca salía. Nadie en el edificio estaba seguro de cuándo habían llegado la señora y el niño. El dueño de ese departamento, a quien apenas conocían, lo tenía descuidado, con pocos muebles y cortinas arañadas. Quizá le habían invadido su propiedad y a él había dejado de importarle.

La señora y el niño eran como invisibles para los demás vecinos. Para Silvia y su esposo también lo habrían sido de no tenerlos justo al lado.

¿Y si le pregunto qué le pasa? Ni siquiera lo lleva a la escuela, dijo Silvia. Mejor no te metas, a lo mejor todavía no tiene edad para la primaria, respondió el marido. Es que llora muy feo, y la señora no hace nada. Sí hace, dijo el esposo: lo saca a las escaleras.

Semanas después empezaron a llegar hombres al departamento de junto. Se quedaban un rato y luego se iban de uno en uno. De noche Silvia y su esposo volvían a escuchar el llanto.

—Esa señora está bien rara. No creo que sea su abuelita. Pobrecito niño.

—No te metas, es cosa suya.

—Pero no nos deja dormir.

—No te metas, ya te dije.

—¿Y si le pegamos a la pared? Para que se den cuenta.

Desde el otro lado les respondieron con golpes más fuertes.

—¿Viste? Dejó de llorar.

—Ya duérmete —le dijo el esposo a Silvia.

A punto de conciliar el sueño escucharon al niño llorar en el descanso de las escaleras. Ya amanecía cuando se quedaron dormidos.

No volvieron a golpear la pared; tampoco se acostumbraron a los llantos. Entonces llegó el gato. Un gato mugroso, de rayas grises y panza blanca. En el edificio estaban



prohibidas las mascotas, pero ningún vecino se atrevió a echarlo a la calle. Además no era una mascota. Era una cosa que no pertenecía a nadie. Rondaba por las escaleras y se escondía al escuchar la puerta del edificio. Silvia lo vigilaba por la mirilla. Quería percatarse de que el gato no se orinara en sus macetas.

Los hombres seguían entrando y saliendo del departamento de al lado. El niño, igual que siempre. ¿El dueño sabrá?, preguntaba Silvia. Su marido ya ni le respondía. Me conformo con que ese gato no empiece a chillar también, dijo el marido antes de irse a la cama.

Detrás de su puerta cerrada, una tarde Silvia vio al niño jugando con el gato. Le pareció que dos amigos huraños se decían secretos importantes. Fue la única vez que vio al niño hablar, y la primera que no lloraba. El gato levantaba la cola y se agachaba para untar su cuello en el pecho del niño. Qué bueno, respondió el esposo de Silvia cuando ella le contó lo que había visto desde la mirilla de la puerta.

Entre más fuerte llorara el niño más pronto lo sacaba la señora. El gato venía, quién sabe de dónde, y juntos conversaban horas. En cuanto la señora abría la puerta del departamento para meter al niño, el gato salía disparado.

La noche en que vinieron muchos hombres haciendo alboroto y quebradero de botellas, Silvia y su marido cerraron con doble llave, atrancaron la puerta con el sofá y apagaron la luz de la sala. La señora de al lado dijo, alegre, bienvenidos, muchachos, pásenle. Los esposos tuvieron miedo de acercarse a la pared que colindaba con el departamento de junto. Procuraron no hacer ruido. El edificio permaneció en silencio, como un cadáver al final de su velorio.



La chilladera del gato despertó a Silvia. Su esposo intentó tranquilizarla. Duérmete, no pasa nada. Pero ninguno de los dos podía dormir. Los hombres bajaban las escaleras, divertidos, caminando sobre botellas destrozadas. Con todo su júbilo, apaleaban al gato. Los maullidos perforaban las paredes. Sosiegos, muchachos, les gritaba la señora del departamento de junto, secundando sus risas.

Cuando se levantó, su esposo ya se había ido a trabajar. Silvia se preparó el desayuno y prendió la tele. Supuso que la señora de al lado saldría a levantar los vidrios. En vez de eso, llegó un tipo a poner cadenas y candados gordos a la reja del departamento donde vivían el niño y la señora. Silvia tardó en darse cuenta de que se trataba del dueño. Visto desde la mirilla, que distorsionaba las figuras del otro lado de la puerta, el dueño parecía preocupado. De pronto el tipo se volteó. Silvia pensó que podía verla a los ojos. Dio unos pasos y tocó su puerta con una fuerza que a ella le pareció excesiva.

—Señora Silvia, soy su vecino.

Contuvo la respiración. No contestó, aunque sabía que desde afuera podía escucharse la televisión encendida. El hombre acabó de sellar la entrada de su departamento. Luego se fue.

El gato volvió esa tarde. Maullaba desesperado en los rincones del edificio. Al rato el animal se echó en el descanso de la escalera. A Silvia le dio lástima. Tuvo ganas de salir y acariciarlo antes de que su esposo volviera. Deslizarle la mano por el lomo, darle palmaditas y hacerle muchas preguntas. No sabía exactamente cuáles. Sólo quería usar esa voz infantil con que las personas hablan a sus mascotas cuando nadie las está mirando. **▲▲**